EL ABRAZO DEL DAR Y RECIBIR
SOLEMNIDAD DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD
19 de Junio de 2.011

Hermanos: Los que se dejan llevar por el Espíritu de Dios, ésos son hijos de Dios. Habéis recibido, no un espíritu de esclavitud, para recaer en el temor, sino un espíritu de hijos adoptivos, que nos hace gritar: ¡Abba! (Padre)
Ese Espíritu y nuestro espíritu dan un testimonio concorde: que somos hijos de Dios; y, si somos hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, ya que sufrimos con él para ser también con él glorificados. Romanos 8, 14-17

De mil formas inimaginables las personas pretendemos hacer de los otros destinatarios y receptores de nosotros mismos. Con muchas frecuencia tratamos incluso de imponer a los demás lo que consideramos nuestras mejores ideas y gustos. Es como si tuviéramos necesidad de proyectarnos, a la búsqueda irreprimible de ecos y espejos donde podernos ver repetidos y prolongados. Una como imposibilidad profunda se apodera de nosotros para mantener enclaustrada nuestra pujanza interior… Y de ahí que, necesitados de exportarnos a los demás, busquemos ansiosamente dobles de nosotros mismos, con quienes entablar la creante y recreante relación de dar y recibir. Parecería que, sin un alguien en quien sembrarnos y reproducirnos, nuestra vida no fuera vida como no es luminosa la luz que a su vez no es iluminadora.

Y es, tal vez, por ahí por donde podamos como presentir y barruntar el Misterio Solidario de un Dios Tridimensional, de un Dios Trinitario, cuya solemnidad litúrgica celebramos hoy y siempre, y a cuya imagen y semejanza está hecho el mundo y el hombre redimidos.

Nuestro Dios, en efecto, no es un Dios solitario, sino un Padre con Hijo, interrelacionados en un eterno darse y recibirse , en un Amor Espiritual que los abraza con imán irresistible, con un fuego amoroso inapagable, con una fuerza generativa y recreadora como jamás corazón humano tuvo ni oído humano escuchó. Nuestro Dios es un Dios Solidario, purísima relación interpersonal , un "tenerse" que dar a Sí mismo y "hacerse" un Hijo imprescindible, en quien expresarse y verse, en quien oírse y realizarse como amante necesario, como autodonante impenitente.

Así nos lo reveló Jesucristo, tan hombre como nosotros y tan Dios como Dios. Jesucristo, el Hijo de Dios Padre, Él que es su expresión acabada, su manifestación perfecta ("quien me ve a Mí, ve al Padre, Felipe"), su Palabra definitiva, su eco y su amor preferidos y fidelísimos.

Así nos lo sugiere el Espíritu, el Amor interpersonal del Padre y del Hijo, Amor que derramado en nuestros corazones posibilita en todo hombre de mil formas inimaginables el que también nosotros nos incorporemos a ese Círculo amoroso triangular, en el que dando y recibiendo nos acontezca graciosamente el Amor y nuestra mejor realización de personas amadas y amantes.

Juan Sánchez Trujillo